

EMILIO JUAN FAVIERES

BENICASIM

VILLA ENCANTADORA



BENICASIM
VILLA
ENCANTADORA

BENICASIM

Villa encantadora.

por

EMILIO JUAN FAVIERES.

Gratitud de un pueblo agradecido

A DON EMILIO JUAN FAVIERES, ILUSTRE CANTOR DE BENICÁSIM.

Hemos leído con verdadera admiración los bellos artículos publicados en LA VOZ VALENCIANA y reproducidos en "La Provincia Nueva", de Castellón, en los que don Emilio Juan Favieres, con un entusiasmo y una certera visión de la realidad, canta con prosa brillante y lozana al pueblecillo mediterráneo, amor de nuestros amores y sin par Benicásim, olvidado por aquellos que tienen el deber de propagar lo que de mérito encierra la región.

El popular periodista señor Favieres tiene en su retina grabados cuantos meritísimos valores posee nuestra villa encantadora y con noble y desinteresado gesto, nos dedica alabanzas mil en sus inspiradas crónicas veraniegas y que tan hondamente han impresionado a nuestro sensible corazón levantino, cuyas crónicas quedarán guardadas en el fondo de nuestra alma como sagrado relicario.

Los pueblos agradecidos no pueden acallar su reconocimiento al que espiritualmente tanto bien nos ha hecho con su albeza de miras y altruismo, y fuera miserable olvido no corresponder a tan caballeroso procedimiento mostrando a don Emilio Juan Favieres el más sincero agradecimiento a sus bondades a la par que le damos las gracias, sumádomos como uno más, a los muchos que han testimoniado su gratitud, y que son legión, al ilustre cantor de Benicásim.

BENJAMIN MARTINEZ TUSON.
Benicásim, agosto 1932.

Dedicatoria

A mi hijo Emilio, en memoria
de haber nacido hoy en trato de
cielo de Benicàssim.

Ju Padre

NOTAS VERANIEGAS

AL "DESIERTO"

I

¡Era una promesa! Era una promesa que había hecho a don Fernando Juan de acompañarlo en plan de turismo al famoso «Desierto de las Palmas». ¡Lo prometido es deuda! He aquí, pues, el motivo de esta excursión que en el día de hoy hacemos, hacia esas montañas famosas en clavadas en el incomparable término de Benicásim, y a dos pasos de esa maravillosa ciudad de Castellón, vergel famoso de la Plana y rica mansión en donde el azahar perfuma el ambiente con el aroma de sus pensiles.

¡Amanece! Sobre la inmensa sábana azul del Mare-Nostrum, aparece la aurora, con esa luz de poesía con que suele amanecer en la costa levantina. El primer temblor de la mañana agita en suave vaivén las hojas de los árboles, que parecen recitar en melodioso murmullo una misteriosa oración. Tonales de esprinto y oro tñen el cielo. El cielo, sin manchas que lo empañen, tiene la palidez de un azul que hubiera perdido su viva tonalidad. Y ante la grandeza de este bello amanecer, hemos emprendido la marcha camino del «Desierto de las

Palmas», en donde se halla el Monasterio de los PP. Carmelitas, y en donde, en lo más alto de la cumbre del monte de San Miguel, se alza la gran Cruz del «Barloto», rodeada de parajes de ensueño, pinadas frondosas, abismos profundos y la exuberante prodigalidad de una vegetación, propia de la naturaleza, que cubre el suelo como colosal alfombra oriental. Hemos emprendido la marcha y entre los excursionistas vemos a doña Antonia Nadal Conca y su esposo don Fernando Juan, a doña Africa Herrero Schaffino y su esposo don Emilio Juan y el niño Emilio J. Herrero y las preciosas niñas Amparín Paredes Nadal, María Antonia Juan Nadal y Afriquín J. Herrero. Penosa es la ascensión si tenemos en cuenta que la mayoría de los excursionistas son niños, pero sin embargo, ellos con su inexperiencia, con sus travesuras y con sus risas cascabeleras, llenas de optimismo y de ilusiones, son los que se encargan de alentarnos y de animarnos con la inocente ansia de llegar y la esperanza de ver lo desconocido. Hemos emprendido la marcha y desde la torre de San Vicente, antigua atalaya que junto al mar latino sirvió en los tiempos remotos como vigía y guardián de esta costa tan duramente castigada en aquellos tiempos de la Edad Media por la piratería, nos dirigimos al poblado de la villa de Benicásim, cruzamos sus calles angostas pero limpias, urbanizadas, rectas y arregladas con estética; pasamos por junto a la iglesia parroquial, donada al pueblo por el insigne Bayet y enfilarlo por la calle de García Hernández, salimos al camino del «Desierto», el que se halla en la actualidad a medio construir.

El camino sube gradualmente costeano un barranco que al fondo de su precipicio, en su arroyo, se ven enormes bloques de granito caídos de las eleva-



Ruinas

das cimas de las «Agujas de Santa Agueda», cuyo monte famoso, con sus cuatro picos, tiene la forma de un boquete de clérigo.

Al llegar a una casita medio derruida, la nueva carretera queda interceptada y hay que coger a la izquierda un camino de carro casi intransitable. Esta casita era antiguamente la habitación del hermano portero. Junto a ella se halla la fuente «Pollosá» y una nora más de ascensión habremos llegado al Monasterio.

¡Adelante, pues! Entreñnos en esos parajes silenciosos en donde podremos apreciar la majestad de ese poder admirable de la naturaleza que nos habla con elocuencia de ese misterioso enigma del Creador.

El paisaje, conforme avanzamos, es más hermoso. A través de los pinares al camino serpentea el laberíntico zig zag pasando por aquí, por allí y acullá entre breñas y riscos, rodeando pequeñas colinas que están completamente cubiertas por una espesa maleza, y subiendo y bajando por alturas y barrancos pronunciados, y tendiéndose de continuo por sobre altozanos y escondiéndose entre el arbolado, cada vez más espeso, más numerosos, por los que entre sus ramajes se divisan a lo lejos y entre riscos y breñas pequeñas construcciones enjalbegadas con cal y posadas sobre prominencias y cuyas humildes y pintorescas construcciones son ermitas y capillas dignas de visitarse.

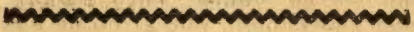
¡Sigue el camino! Sigue el camino y cada vez las subidas son más pronunciadas, más penosas. Ahora es una balsa para riego lo que aparece a nuestros ojos y que situada a mano derecha,iega una hermosa explanada, en la que hay plantados gran número de naranjos, cuyo fruto pronto se convertirá en bolas de oro y que nos recuerda que no en balde estamos en la región valen

ciana. A la izquierda un corral de ganado se alza sobre una meseta y en esta hora matutina el rebaño sale del aprisco conducido por el pastor y se dirige a pacer en la montaña. Bello y apacible redil en el que las sombras de la espesura le brindan la agradable sombra y la frescura del ambiente y la alegría del paisaje. En este momento se escucha el sonido de una campana para anunciar el nuevo día. Su tintineo se extiende, se agiganta y repercute por entre las montañas y los valles y el eco repite su sonido con melancólico son.

Sigamos sin desmayo. El sol aparece majestuoso sobre el azul del mar. El camino parece quebrarse más conforme se avanza. Zigzaguea por entre un verdadero bosque de pinos, baladros, algarrobos, higueras, almendros. Pronto aparece ante nosotros el Monasterio. Pasamos por entre una ribera de cipreses que parecen señalar el cielo. Es una avenida de aspecto funerario. A los lados están colocadas las estaciones del Via Crucis. Sudorosos y rendidos por la fatiga nos sentamos en el rellano de la puerta del Convento...

Emillo JUAN FAVIERES.

(Benicásim-agosto-1932.



EL MONASTERIO

II

El Monasterio del Desierto de las Palmas no tiene ningún valor arquitectónico. En la fachada no se vislumbran las huellas de ningún estilo que lo distinguan como nota curiosa de su construcción. Su pórtico austero, sencillo y vulgar está rematado por una estatua de San Elías, fundador de la Orden de los Carmelitas, "blandiendo la flamigera espada con la diestra y teniendo a sus pies las cabezas de los falsos profetas de la antigüedad". Como decoración de la fachada hay un azulejo con la imagen de Santa Teresa de Jesús, reformadora de la citada orden.

Las monísimas niñas Amparín Paredes y María Antonia Juan hostigan a sus mamás para que visiten el convento. No puede ser. La clausura prohíbe el que puedan entrar las señoras al sagrado recinto de la comunidad, aunque sí a la iglesia en el sitio designado y separado por una reja. El edificio fué construido por el arquitecto Carmelita, el Hermano Joaquín y carece de bellezas artísticas y la sencillez y la modestia presiden toda su obra. Para acallar la curiosidad de la gente menuda, bajo la sombra bienhechora de un árbol, les leo la descripción que del monasterio hace un padre Carmelita, que dice así:

"Forma un gran cuadrilátero, cuyo centro ocupa la iglesia."

En la planta baja se extiende por sus cuatro lados un largo corredor o claustro al que abren por tres de sus lados, las puertas de la biblioteca, el refectorio, de la cocina, de la sala de recreo, de la cisterna, de la clausura, de las dispensas, del refectorio de los ejercitandos y de los locutorios, y por el lado restante, las de la hospedería destinada a los visitantes. De las paredes del claustro penden algunos cuadros antiguos. La iglesia ocupa el centro del convento. Tiene la forma de una cruz de cortos brazos. El altar mayor es sencillo y pobre. En el centro del retablo, de estilo jónico, hay un nicho, en el que aparece un grupo escultórico representando a Nuestra Madre Santa Teresa en el momento de su trasverberación. Sobre el tabernáculo hay una alegoría de la Fe, y a los lados están representados Carón y Melchisedech. La puerta del tabernáculo la forma una tabla con una copia al óleo de "El Cristo de la Hostia", de Juan de Juanes. La sacristía no tiene nada notable, así como tampoco el "panteón" donde se entierra a los monjes. En el primer piso están las celdas. Hay en el otro pasillo como el de la planta baja, decoradas sus paredes con algunos grabados antiguos, entre los cuales sobresalen: Un cuadro sinóptico de las glorias de la Orden Carmelitana, grabado por Orlandi, con privilegio de Fernando II, Emperador de los romanos, y de Felipe IV, Rey de España; un juicio final dibujado por Jean Cousin, y dedicado a los reyes de Francia, Luis XIII y Enrique IV, por Guillelmus Witterberoot, belga; una alegoría del triunfo de Santa Teresa, compuesta por Ja-

El templo de San Juan de los Rios, en
Madrid, es un templo de gran
interés artístico de España.

Este templo que se llama la Iglesia
de San Juan de los Rios, es un
templo de gran interés, en Madrid,
en España. Este templo es un
templo de gran interés, en Madrid,
en España.



Vista parcial del Coro e Iglesia

Al lado del templo, en Madrid, se
encuentra el templo de San Juan,
en Madrid, en España. Este templo
es un templo de gran interés,
en Madrid, en España. Este templo
es un templo de gran interés,
en Madrid, en España. Este templo
es un templo de gran interés,
en Madrid, en España.

cebas Gassarellus y dibujada por Michael Asinius, dedicada al Cardenal Armando de Richelieu."


Las celdas que rodean el convento están ocupadas por los padres, los hermanos, los novicios y la hospedería. La sala Capitular y el oratorio tienen una severidad y una sencillez monacal. En el oratorio se conservan las reliquias, entre las que se distinguen un autógrafo de San Juan de la Cruz; una firma aparece en un acta Capitular, de fecha 13 de marzo de 1581. En el antecoro está instalado un reloj antiquísimo para señalar los actos de la Observancia, desde el mes de julio de 1727. A todo esto, añadiremos que tan severo edificio está situado en el llano de una alta y frondosa colina, desde la que se divisa un panorama encantador. Al Norte, la cumbre del monte de San Miguel, el que rebasa en 300 metros el nivel del Monasterio, en cuyo monte hay edificada una ermita consagrada al Jefe de la Milicia Celestial, y la colosal cruz del "Bartolo"; al otro extremo, la planicie exuberante y magnífica de la rica vega castellanense, y mirando al mar, entre la infinita sábana azul, allá a lo lejos, se vislumbra como fantástica aparición las Islas Columbretes, que al Sureste se emergen formando un conjunto admirable.

Al terminar mi relato, las niñas Amparín Paredes, María Antonia Juan, Afriquin J. Herrero y su hermano Emilín, han aplaudido con sincero reconocimiento. Ahora, a ver las notabilidades que encierra este famoso monte del Desierto de las Palmas, de cuyas maravillas naturales cuantos le vieron se hacen cruces y de las que el cronista explicará al lector en estos mal trazados renglones, pero que no se apartan de la

verdad de cuanto vieron sus ojos
y que pueden servir de guía a
cuantos abandonando por unos
días las miserias de la vida mate-
rial, dediquen unas horas, aunque
breves, a visitar y a convivir con
la prodigiosa Naturaleza, que en
estos parajes se muestra con todos
los esplendores y todos los miste-
rios con que la dotó el sabio
Creador.

Emilio JUAN FAVIERES.

Benicásim-agosto-1932.



Castillo de Montornés

III

—¡Al castillo de Montornés! Grita la gente menuda que preside nuestra excursión; lo dicen también las respetables señoras doña Antonia Nadal y doña Africa Herrero, don Fernando Juan y el cronista.

¡Al castillo! Exclamamos todos a la vez y el eco lo repite con misteriosas voces de ultratumba que resuenan por entre los montes, los barrancos y los valles.

Emprendemos la marcha. Densos nubarrones aparecen por encima de los picos del monte de Santa Agueda. Son como enormes manchas grises que emborronan el azul del cielo. El aire perfumado de romero azota nuestros rostros tostados por el sol y mueve las copas de los árboles frondosos del bosque cuyo susurro parece recitar una misteriosa oración.

Continuamos por un sendero que sube y baja por escarpados montículos, sobre precipicios enormes, entre revueltas y peñascos. ¡Bella excursión! No hay palabras en nuestro léxico para explicarla. Hay que gozar de estas emociones y convivir con la propia Naturaleza como

poeta soñador que embriaga su
merite con la contemplación de
la maravilla de esos paisajes
que se suceden por arte de ma-
gia, mostrando a cada momento
nuevas impresiones, pinadas fron-
dosas, barrancos cuajados de ro-
cas y precipicios alfombrados de
verde chillón en los que la male-
za trepa por entre los riscos y se
engarza juguetona por entre las
grietas de las montaraces colinas
que parecen abrirse para recibir
el beso ardiente del sol.

Hemos vadeado las laderas
del "Monte Sión", descendiendo
a través del bosque llegando a
la cima de un pico escarpado
sobre el que se eleva imponente
el castillo de Montornés, cuya
majestuosidad, a pesar de estar
en ruínas, conserva a través de
los siglos y es lastimoso ver sus
muros, sus garitas, sus alminares
y sus torreones, derruidos, con-
vertidos en escombros y en la-
mentable abandono. Este castillo
es el ayer de pasadas glorias y
la evocación de aquellos días de
la Edad Media, en los que el fei-
dalismo imponía su voluntad con
la fuerza de sus ambiciones.

¡Montornés o Monternesio! Es-

te castillo, hoy abandonado y ca-
si desconocido en las rutas del tu-
rismo, desempeñó importante pa-
pel en la historia de aquellas gue-
rras cruentas; guerras de vecin-
dad y declaradas por la menor
fuerza. Una vez poseído por
cristianos y otras por sarracenos,
era siempre un envidiado baluar-
te, una fortaleza que por el sitio
estratégico que ocupa, respondía
a maravilla para el fin bélico a
que fué creado. El Cid Campea-
dor lo conquistó en memorable
batalla, pero años después cayó
otra vez en manos de los moros,
hasta que en 1233 fué sitiado y
tomado por don Jaime I el Con-
quistador, el que le donó a su se-
cretario don Pedro Sanz de Mar-
tel, como premio a sus leales ser-



Ruinas del Castillo de Montornés

(Oliché J. M. Canellas)

ERENIO JUAN SAVIERES

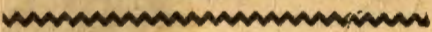
1917

vicios y "en perpetuum" para él y los suyos en el día 29 de noviembre de 1242, más los señoríos de las Baronías de Benicásim, Puebla Tórnesa, Sierra Engarcerán y Vistabella, con todas las tierras y vasallos de dichos términos. Esta donación le fué confirmada por el rey Alfonso, en 1416. Don Pedro Sanz acompañaba siempre a don Jaime I en sus conquistas y fué su embajador en 1231 cerca del rey moro Zaen, para tratar sobre la rendición de Valencia; mas fué, también, uno de los principales colaboradores en la redacción de los famosos fueros levantinos y uno de los que se encargaron de repartir las tierras. Cuando don Jaime se retiró a Zaragoza con el recelo de que don Fernando su tío y algunos señores pensaban hacerle una traición, encomendó la guarda y custodia de su casa a don Pedro Sanz, nombrándole su capitán.

Con eso queda demostrado el mérito que el castillo de Montornés tendría en aquella época, tanto en riquezas naturales como en lo estratégico, ya que don Jaime premiaba a su más leal amigo con la concesión del mismo. Dicho castillo ha pertenecido a diversos dueños y en la actualidad, sus gloriosas ruinas yacen en el más lamentable abandono. Pero no por eso la vieja fortaleza con su atalaya nido de águilas, no deja de impresionar al turista que le visita y le hace recordar los tiempos aquellos en los que aparecen como una evocación aquellos caballeros de antaño...

Emilio JUAN FAVIERES.

Benicásim-agosto-1932.





RUINAS DEL CONVENTO VIEJO

LA FONTALLA

IV

Del castillo de Montornés a la Fontallá, el camino es largo y difícil. ¡Pero no importa! Nos han dicho que vale la pena el sacrificio que hay que hacer en tal excursión, y tras consultar con los niños, nos decidimos a recorrerlo. Todos han dicho que sí; que no están cansados y que quieren verlo todo.

¡En marcha, pues! La excursión es estupenda, distraída e instructiva a la vez. Es además un ejercicio físico provechoso para el cuerpo y de sana moral para el alma. La bella contemplación de la propia Naturaleza agrada y eleva el espíritu de aquellos que, enamorados de toda verdad, admiran la colosal y formidable maravilla de la obra del Creador, que si encierra un misterio, ese misterio es el que nos alienta aún más a querer adentrarnos a descubrir el enigma inexplicable.

¡Adelante! Cruzamos la hondonada que separa el monte del castillo y el de Sión, y por el sendero que faldea la montaña salimos al "Portalet", descendiendo en suave pendiente hasta el Monaste-

rio, al que dejamos a la derecha siguiendo el camino pedregoso que cuesta abajo nos conduce al convento viejo, no sin antes pasar por frente a las cavernas antiquísimas de Santa María Magdalena y la de Santa María Egipciaca y la fuente del Cristo, cuyo ambiente poético deleita al aparecer cubierta por el musgo, el berro y la hiedra que la tapizan con fantástica alfombra de verde. El convento viejo aparece ante nosotros convertido en ruinas. Allí se conserva el esqueleto del edificio que como una visión del pasado se mantiene en pie con su arco de mampostería, sus paredes agrietadas, la iglesia sin bóvedas, la hospedería, la sala capitular, las celdas, el refectorio, la biblioteca, el panteón, todo, todo derrumbado, convertido en escombros, cual si un terremoto lo hubiera derribado al impulso de sus vibraciones sísmicas. El huerto, sí, se conserva con el verdor y la lozanía de sus tiempos, porque como cosa de Natura, ni muere, ni envejece nunca.

¡Adelante! Bajamos por un sendero que en línea recta se desliza por el bosque frondoso y perfumado. Al llegar al fondo de un barranco aparece una bellísima decoración natural; un precioso rincón lleno de encanto y de poesía. En él se halla la fuente de la Teja, la más rica y abundante de las que hay en el "Desierto". Sus aguas limpias y transparentes como el cristal, vierten en una pila y canalizadas convenientemente por una cañería de hierro sirven para regar la parte baja de la propiedad de los monjes. De allí hemos subido otra vez a la cumbre y siguiendo por un camino recto que se desliza por la misma loma de la sierra caminamos sin que el cansancio nos rinda y



Capilla de San Juan de la Cruz

(Oliché P. Simón)

con la ilusión de llegar. A un lado y a otro, aquí allá y acullá se divisan las ermitas de San Elías, la de San José, la de Monserrat y sobre el cerro "Tabaida" la de Santa Teresa. Ermitas y cavernas abundan mucho en el "Desierto de las Palmas", ya que es la principal característica de estos lugares de paz, y así lo prescribe la orden Carmelita, pues los monjes acuden a ellos para retirarse por algún tiempo y dedicarse de lleno en la soledad y el silencio a la obra de su santificación.

Llegamos a la falda del monte de Santa Agueda, que con sus picos enormes en forma de agujas nos señalan el final del camino. Así es. Ante nuestros ojos aparece una villa y junto a ella, en edificio aparte, una capilla en la que se venera la Virgen de la Fontallá. Al fondo, como triunfal apoteosis, el "barranc de Róc", con toda la grandiosidad de su vista panorámica incomparable e inexplicable. Sólo Dios puede ser el Creador de tanta hermosura. En las laderas del barranco, unas manchas blancas sobresalen del verde oscuro que tiñe los vados. Son "masías" enjalbegadas de marcado sabor ancestral; típicas mansiones del hábil agricultor valenciano; casa solariega de los que, hijos del terruño, al terruño dedican su vida, labrando sus ilusiones y su porvenir en esa misma tierra que luego, al final de una existencia de honradez y de laboriosidad, les servirá de lecho eterno.

¡La Fontallá! Bello, bellissimo rincón de esparcimiento. El agua fresca y pura cae cantarina sobre taza de plata. Fuente y pal-saje que se confunden en fraternal abrazo y hacen que el alma del sensible turista se extasie al contemplar ese lugar en donde se transparenta el cielo con todas sus grandezas.

Emilio JUAN FAVIERES.

Benicásim-agosto-1932.



La gran Cruz del "Bartolo."

AL BARTOLO

V

¡Al Bartolo! Exclaman los excursionistas. ¡No! Eso no, Es una temeridad, advierte el cronista. La tarde declina al ocaso y las sombras de la noche principian a cubrir el horizonte teñido de púrpura por los últimos resplandores del sol que se esconde tras el pico de Peñagolosa. ¡Es verdad! Asienten todos. La excursión la suspendemos para el día siguiente y nos retiramos a descansar al convento en donde nos hospedamos.

Nuevo día. Nuevos resplandores. Nuevas llamaradas de sol que lo inunda todo de luz, caldea la atmósfera y tiñe de corinto y oro el horizonte en hermoso amanecer levantino. Allá a lo lejos el azul del mar y el del cielo se unen, se confunden en fraternal abrazo.

Aquí, muy cerca, el gorjeo de los pajarillos que revolotean sin cesar tejen con sus cantos un himno a la vida y un salmo a la verdadera libertad. La mañana es fresca y el perfume de los pinos, del romero y de las florescillas silvestres que pisamos con nuestros pies aromatizan el air-

biente y en nuestra marcha al Bartolo vamos dejando tras de sí una estela de ilusiones, de optimismos, de esperanzas. Es la ilusión, el optimismo, la esperanza de llegar a lo desconocido.

Seguimos camino adelante y al poco de andar llegamos a la bifurcación que conduce a la cumbre del monte de San Miguel y cuya subida es muy empinada. ¡Pero, no importa! ¡Adelante! Un poco más y al llegar a lo alto de la montaña, entre millares de pinos cuyas copas se enlazan en apretado haz, serpentea el sendero y de pronto, a la revuelta de un peñasco, aparece majestuoso el pico elevado en el que la colosal cruz extiende sus brazos y a sus pies la ermita dedicada al santo titilar.

La vista general que desde aquí se divisa es magnífica y causa una gran sensación ver centenares de kilómetros y todos cultivados, explotados, trabajados, demostración palpable de que el labrador valenciano sabe aprovechar ese don de inteligencia con que Dios le ha dotado, al mismo tiempo que le concedía el patrimonio de la mejor región del mundo.

¿Por qué el vulgo bautizó democráticamente esta montaña con el nombre de Bartolo? En este monte se encuentra la cueva del Bartolo. Esta cueva lleva ese nombre por creerse que la construyó el Hermano carmelita Bartolomé de la Santísima Virgen, el que estaba muy ejercitado en la práctica de todas las virtudes. La tradición le señala como poseído de la gracia divina para curar enfermos. En esa gruta que descubrió pasaba largas horas entregado a la contemplación, y de ahí es porqué al monte de San Miguel el pueblo soberano le imputó ese mote de Bartolo, por el que es conocido en todas partes. Al Hermano Bartolomé le acompaña-

ba en su destino el Hermano Juan de Todos los Santos, el que moraba en otra caverna que se halla en lo alto de un barranco, en "Peña Corva".

En 1900 los fieles de los pueblos y ciudades de la Plana y del Maestrazgo cubrieron una suscripción para levantar una cruz en lo más alto de la cumbre del monte en memoria del jubileo concedido por el papa León XIII con motivo del comienzo del siglo XX. La inmensa cruz tiene dieciséis metros de altura y domina toda la comarca. En su inauguración, millares de católicos acudieron al Desierto y la peregrinación a estos bellos lugares duró varios días.

Este elevado pico del Bartolo se encuentra en el Meridiano de Dunkerque. Cuando a principios del siglo XIX, vino a España el célebre Francisco Arago, para medir el cuadrante del Meridiano, que había de servir de base al sistema métrico decimal, se estableció en la cumbre de este monte. En 1860, en el eclipse que tuvo lugar el 13 de julio de dicho año, también se posesionaron en este lugar la comisión de sabios del Observatorio de Madrid y otra de Portugal.

Acompañaban a los comisionados, Rodríguez de Cepeda, don José Monserrat, catedrático de la Universidad de Valencia; el duque de Montpensier, el Padre Vinader, profesor del Seminario de Salamanca; y el Padre Secchi, del Observatorio del Vaticano. En 1877, el capitán Bellón y el comandante Puigcerver, encargados de apreciar la posición exacta de las Islas Baleares, instalaron en lo alto del Bartolo una máquina de vapor para producir luz eléctrica, y hacer durante la noche señales que se vieran desde Ibiza. Al año siguiente, el comité Geodésico mandó al teniente coronel Eugenio, para que fijara sobre este pico sus puntos

de mira. En una placa colocada en el interior de la ermita se lee: "Altitud, 728 metros (sobre el nivel del mar); Latitud, 4. 5. 7; Longitud, 30, 43' 6" E. de Madrid".


~~Al~~ 115. 17. 35" de Peñagolosa.

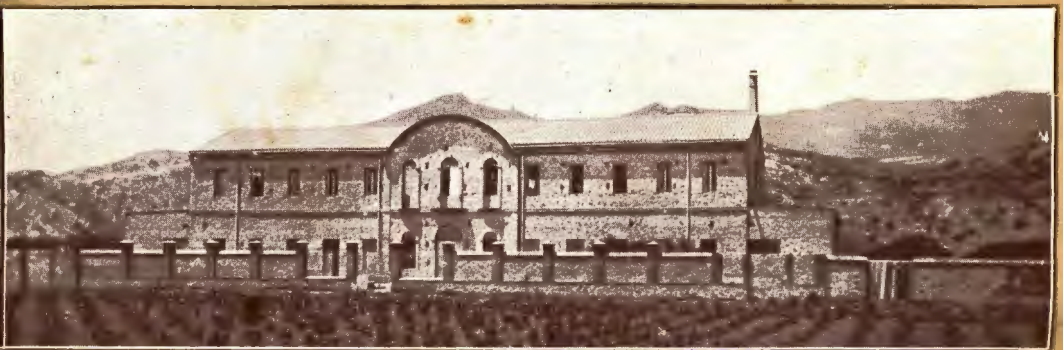
En 1881 el comandante don Juan Borres, que formaba parte de una comisión estuvo en el Bartolo haciendo observaciones astronómicas para determinar la diferencia de longitud entre Madrid, el Desierto y Perpiñán. Con tal motivo se construyó una línea telegráfica provisional desde la cumbre del monte a la estación de Benicásim, para comunicar con Madrid, Perpiñán y París.

Al Bartolo, ¡Si, al Bartolo hemos subido salvando peñascos y riesgos que interceptan el camino! Desde lo alto del monte se divisa la grandiosidad del paisaje. Allá a lo lejos Castellón aparece entre el vergel de sus huertos de naranjos y el perfume maravilloso del azahar.

Emilio JUAN FAVIERES.

Benicásim-agosto-1932.





Fábrica de "Licores Carmelitano"

Ellicia, aldea de 1000 habitantes, en el valle de Lugo, con el río Lugo al pie de sus montañas, es el lugar donde se produce el licor Carmelitano. Este licor es el más rico y saludable que se produce en Galicia. Su origen se remonta a 1717, cuando don Juan de Matute, conde de Matute, creó la fábrica de licor Carmelitano en el lugar de Lugo. Desde entonces, esta fábrica ha sido el más importante centro de producción de licor en Galicia. El licor Carmelitano se produce a partir de uvas de la zona de Lugo, que se destilan y se mezclan con miel y otros ingredientes. El resultado es un licor de gran calidad y sabor, que se consume especialmente durante las fiestas de San Juan. Este licor es el más conocido y el más vendido en Galicia.

EPISODIOS

VI

Después de recorrer todos cuantos lugares de mérito posee el Desierto de las Palmas, nos disponemos a regresar a Benicásim, no sin antes despedirnos del ilustre Prior del convento, el R. P. Rigoberto, el que nos obsequió con unas copitas del famoso Licor Carmelitano, que fabrica la comunidad.

Cuesta abajo volvemos a contemplar con deleite las bellezas que estos montaraces parajes contienen. Con precaución descendemos por el tortuoso camino que en laberínticas revueltas cruza el bosque. Tras de nosotros van quedando las cavernas, las ermitas, los restos del Monasterio viejo. Después, la antigua portería; luego, cruzamos un barranco y a la derecha nos dejamos la villa de Mingarro y cuando ya caminamos sobre la nueva carretera, al revolver un recodo aparece ante nosotros un antiquísimo edificio. Es como una ancestral alquería valenciana y una parra que se enzarza sobre sus paredones y cubre por completo la terraza, la brinda su sombra bienhechora. Esta vieja casona es el "Mas del

Saladó"; nos sentamos para descansar bajo la sombra de un árbol y rodeándome la gente menuda, compuesta por Amparín Paredes, María Antonia Juan Nadal, Afriquin J. Herrero y Emilio Juan, me piden palmoteando que les cuente alguna historia sobre "El Saladó".

Quiero complacerles y no sé si podré conseguirlo, pero allá va:

Durante la guerra de Sucesión al advenimiento de Felipe V de España, los partidarios de Carlos de Austria que formaban guerrillas muy indisciplinadas asaltaban con frecuencia el Desierto de las Palmas, haciendo requisas forzosas. Estos "Micaletes" maltrataban a los monjes, obligándoles a satisfacer sus avaricias. Los "Micaletes" establecieron su alojamiento en ese viejo edificio conocido con el nombre de "El Saladó", el que era para ellos como cuartel general. ¿Episodios? Muchos y lamentables podrían contarse, acaecidos en estos lugares. Repetidas veces intentaron estas guerrillas de "Micaletes" incendiar el Monasterio y hasta pretendieron fusilar al Rector, que retuvieron como prisionero y que costó a los monjes, para rescatarlo, una fuerte indemnización. En otras ocasiones, estos secuaces del "Saladó" subían al convento y se instalaban en él durante cuatro días consecutivos, expulsando a los frailes de su morada y derrochando las provisiones en orgías que duraban toda la noche.

Consumido todo, se iban contentos, burlándose y mofándose de aquéllos que con tanta fe se dedican a la contemplación y que solitarios y sin perjudicar a nadie, no tenían otras armas de defensa que el rezo y la paciencia que Dios les había dado. En 1710, el Duque de Vendôme obtuvo la célebre victoria de Villaviciosa, y



"El Salandó"

a raíz de este hecho los "Micaletes" abandonaron su morada del "Salandó" y entonces volvió la paz, el sosiego y la tranquilidad al Desierto.

Y comentando los excursionistas estos episodios, volvimos a emprender la marcha, entrando en la villa de Benicásim al anoecer, cuando las luces del poblado, con luz mortecina, alumbraban ya las angostas callejas del poblado y en lo alto del firmamento aparecían las primeras estrellas.

Emilio JUAN FAVIERES.

Benicásim-agosto-1932.



LAS VILLAS

VII

¡A las Villas! Desde las montañas elevadas del «Desierto», del «Bartolo», de Santa Agueda y de Sión, cruzamos el llano, en donde se halla el pintoresco pueblecito de Benicásim y nos dirigimos al mar. ¡Bello contrastel! Del monte al llano y del llano a la playa. ¡Qué más se quiere en una excursión! Las Villas de Benicásim, tienen ese privilegio de la Naturaleza. Es un privilegio que encanta y emociona, a la par que fortifica nuestro ánimo y tonifica nuestro cuerpo. ¡A las villas! A las Villas nos encaminamos con la ilusión de descansar unos momentos junto al Mare nostrum y hacer alto en nuestro constante caminar entre riscos y peñascos, entre malezas y breñas.

La playa será para nosotros como un remanso de paz y de poesía. ¡A las Villas! La tarde decae mansamente y en el horizonte, como una mancha diminuta de plata, aparece la luna sobre el infinito azul. Hemos cruzado la estación del ferrocarril y seguimos el camino, que por la finca de don José Guerrero se desliza

en suave pendiente en línea recta hacia el mar.

Al finalizar el camino nos encontramos con la antiquísima torre de San Vicente, que en tiempos de la Edad Media fué fortín y atalaya, resistente baluarte desde el que se combatía a los piratas que desembarcaban en estas costas para saquear y pasar a cuchillo a los pobres habitantes de esta comarca; al otro extremo de la playa, allá lejos, se divisa el edificio estilo Renacimiento del restaurante «Borammar», que junto al rompeolas del «Portazgo», se retrata en las aguas. La decoración que aparece ante nuestros ojos indagadores es sencillamente soberbia. Las Villas de Benicásim tienen una belleza inconfundible de aristocracia y sus edificios parecen residencias de verdaderos magnates. La hermosa avenida que junto al mar serpentea con sabor cosmopolita, tiene la gracia y la originalidad de los grandes centros que la moda eligió para el verano. Así vemos cómo en sublimes contrastes y formando un esplendoroso conjunto de estética modalidad, se levantan por doquier suntuosos edificios llenos de gracia y de arte, sobresaliendo el del Hotel; el de Soto, con su torre churrigueresca que se yergue lozana y gentil; el de Albacar, con su cúpula monacal; el de Oliag, con sus escalinatas orientales; e de don Eduardo Müller, colgado de la montaña y confundido entre la espesura del bosque de eucaliptus; el de María Juan, que cual palacio imperial, muestra la grandiosidad de su arquitectura; el de Boera, que parece un juguete japonés; y centenares más de villas coquetonas que se enlazan unas con otras en apretado haz formando un collar de guirnaldas engarzadas al mar levantino.

Es ya de noche. Hemos subido al «Apeadero» y desde allí nos hemos asomado a ese gran balcón de la naturaleza y hemos

contemplado la grandiosidad del paisaje. Las estrellas aparecen en el cielo como luciérnagas del espacio. Las luces eléctricas del paseo y las de las terrazas forman una iluminación fantástica y sublime y cuyos efectos causan admiración y sorpresa. El agua bruñida, en zig-zag constante, se desgrana en diamantes de plata sobre la arena. La luna riega sobre la inmensa alfombra azul sus destellos de púrpura. El rumor del mar, cual brujo instrumento, es como una serenata en noche misteriosa. Valle de ensueño es este rinconcito de románticas evocaciones, en donde las lindas y hermosas señoritas alegran con sus sonrisas de hada el lugar y con sus pies diminutos y las faldas con flecos nos recuerdan a las majas del inmortal Romero de Torres, el pintor castizo y frívolo que tanto supo realzar en sus lienzos a la mujer española, símbolo de todas las ilusiones.

Los ecos rítmicos y cadenciosos de un piano resuenan a lo lejos. Sus notas desgranán una «sonata» de Chopin. La campana del Asilo, con su voz atiplada, hiere nuestros oídos. Es la hora de la oración. Es el momento sublime de las Villas de Benicásim..

Emilio JUAN FAVIERES.

Benicásim-agosto-1932.

SANTA AGUEDA

VIII

Al amanecer, cuando el sol con su espléndida cabellera de oro aparece entre los dos azules, el cielo y el mar, emprendimos la excursión proyectada a la famosa fuente de Santa Agueda, enclavada en la falda del monte de las "Agujas". Marchamos cuesta arriba por entre senderos tortuosos, cubiertos por la maleza, cortados por barrancos y de vez en cuando interceptados por eucaliptus gigantes, pinos frondosos y baladros floridos, los que convidan al caminante a descansar bajo su sombra bienhechora.

Allá a lo lejos ha quedado la villa encantadora de Benicásim. Benicásim es el lindo pueblecillo en cuyo término se cultiva el rico y exquisito moscatel. Es el pequeño San Sebastián levantino, que a dos pasos de Castellón, brinda el encanto de sus bellezas naturales. Benicásim es nombre árabe. Así, pues, este

pueblo como otros muchos del antiguo reino valenciano procede de los moros.. Beni-cazem significa los "Hijos de Cazem". Esta expresión "hijos de", servía y sirve aún entre los árabes, para designar las tribus por el nombre de sus jefes. Es fácil con vencerse de ello consultando cualquier geografía de los países musulmanes, en la que se encontrará, efectivamente, un sinnúmero de "Beni", como prefijos de nombres de tribus y de lugares. Muy cerca de Bagdad se encuentra la famosa tumba de Cazem, con sus cúpulas de oro, lugar predilecto de los peregrinos Chiitas, que son los musulmanes que defendieron los derechos hereditarios de Mahoma, vinculando en su primo y verno Ali y sus descendientes el poder supremo en materia civil y religiosa, y aún la impecabilidad e infalibilidad doctrinal. "Cazem", fué el santón patrón religioso del jefe de la tribu establecida en aquel entonces en el término del actual Benicásim".

¡A la fuente de Santa Agueda! No nos asusta el camino, ni el cansancio, ni el calor, ni las molestias de la ascensión. Optimistas y esperanzados seguimos la marcha, cuando de pronto al revolver una montañita, después de vadear un barranco orlado de olivos y algarrobos,

nos encontramos frente a Santa Agueda. Aquello es maravilloso, encantador, como bosque de hadas. Al borde del precipicio de la montaña se halla en su falda el edificio vivienda de recreo de don Ramón Salvador. Es como un juguete prendido allí por mágicas artimañas. Rodean esta villa de típicas modalidades un verdadero bosque de árboles frondosos. Junto a la villa, la ermita de Santa Agueda es como un estuche que guarda la imagen de la Santa

Y las tradiciones y apellidos del lugar; a la derecha, en las laderas de la sierra, se halla la cuevecita de San Antonio, con su pintoresco altarcito de la imagen del Santo... Presidiendo tan bello lugar de ensueño, en un pintoresco rinconcillo y en mística y poética plazoleta, la fuente de agua fresca y cristalina recita con el murmullo de su cascada una eterna canción.

¡Santa Agueda! Bellos y hermosos parajes, donde el silencio y la paz, solamente son interrumpidos por el alegre concierto con que saben obsequiar a los mortales los traviesos jilguerrillos. La dulce calma del valle frondoso nos hace meditar, recordar esa vida plácida y tranquila elegida por el santo varón Antonio Abad y el místico Francisco de Asís, y que con tan magistrales estrofas nos la evoca el poeta cantor de la soledad del campo: "lejos del mundanal ruido".

Al atardecer, cuando el sol se declina al ocaso, regresamos a las villas, con esa satisfacción de haber pasado un día feliz, gozando de las delicias de la naturaleza y entre hermosísimos lugares; en esos lugares de Santa Agueda, donde el Creador tantos prodigios esparció para que el hombre pueda gozar de las excelencias del paisaje, y aspirar los más sanos perfumes y vivir las más emocionantes sensaciones: paraíso terrenal en el que, allá a lo lejos, se divisa entre raros contrastes, la sábana inmensa del azul del mar que se une con el azul del infinito.

Emilio JUAN FAVIERES.

Benicásim-agosto-1932.

LEYENDAS

Todo pueblo español tiene sus leyendas. No nos extraña que la villa encantadora, bella y luminosa de Benicásim, las tenga. En nuestras correrías por estos lugares de ensueño hemos podido escucharlas de labios autorizados. Las dicen con entonación de ególatra los viejos campesinos del lugar. Leyendas extrañas, inverosímiles, revestidas con sutivos detalles, con fechas, lugares, nombres y por menores de lo acaecido. No parece sino que hablo la misma verdad en persona.

Hay leyendas de todas clases y de todos gustos. Las hay de celos, de amor, de contiendas, de enigmas y de tragedias repugnantes. Leyendas rodeadas de mil brujerías, de misterios que alorran, de hadas que hechizan. Toda una serie de emocionante literatura que oprime el ánimo y entristece al corazón. Ecos de ultratumba, miserias que corroen las entrañas, bulos despiadados que envenenan el ambiente y tronchan la

vida a los insensibles atacados de cardialgia. Dicen así algunas de ellas: «Será encerrada bajo veintisiete cerraduras. Bajo veintisiete llaves. Para que el viento no la despeine. Para que el sol no marchite su color. Para que los hombres no la fascinen con sus miradas ardientes.» Leyendas espeluznantes, como aquella que contara Collins, allá por el siglo XVII, con estas palabras: «Un comerciante, luego de haber golpeado a su mujer brutalmente, la desnudó, y con vergas de hierro, la apaleó de nuevo. Vistióla otra vez con ropas previamente empapadas en aguardiente y la prendió fuego. Por ese espantoso y bárbaro acto no se castigó al culpable, por-

que la ley no prevenía este abuso de autoridad, que era para el marido humillada.» Otras leyendas hay que, de ser verdad, denotan de lo refinado en el crimen y la maldad del hombre de aquel entonces de cavernas y feudalismos, como aquella de que el adulterio era castigado con el entierro de medio cuerpo de la víctima: duraba la terrible agonía algunos días, hasta diez a veces, torturada por la sed y el hambre, comida por los gusanos.

¡Benicásim y sus leyendas! En posesión del castillo de Montornés estaban los sarracenos. Las huestes cristianas, ante la imposibilidad de poder apoderarse de tan importante fortaleza idearon una genial estratagemata. Llevaron al pie del monte una piara de cabras. Amarráronles en los cuernos luces de bengala y a media noche, enfilándolas hacia el castillo, las soltaron con las troces encendidas. Los defensores de la fortaleza, creyendo que aquello erañ «catruas en pena», llenos de espanto disparaban sus armas sin que hicieran mélla en aquel ejército endemoniado y espantados por el terror y entre un

pánico indescriptible, huyeron en todas direcciones sin que pudiesen comprender aquel misterio de ultratumba. Al amanecer, los cristianos, sin disparar un tiro y sin una baja en sus filas, gracias a tan genial estratagema, se apoderaron de la fortaleza entre una gran algazara.

Legenda sentimental es la que el vulgo cuenta la forma en que se construyó la iglesia parroquial. La «carretera de Valencia» de Barcelona a Valencia, pasaba por los «terrenos» junto al mar y seguía por el hoy paseo de las Villas, internándose en la Colomera para pasar por fren-

te a la hoy derruida «Venta». En aquellos principios del siglo XIX los viajes se hacían con diligencias, las que tenían sus postas correspondientes en el trayecto a recorrer.

Ocurrió que una vez iba en una de estas diligencias el insigne sacerdote Bayer. Al llegar a los «masos» de la Baronía de Benicásim, el carruaje se detuvo para arreglar cierta avería. Al bajar del coche Bayer oyó unos lamentos. Se dirigió a la choza de donde partían y pudo ver un lamentable espectáculo. Una pobre mujer lloraba junto a un mísero lecho en donde yacía un hombre gravemente enfermo y a su alrededor unos niños hambrientos y andrajosos. Bayer preguntó qué les pasaba y la pobre madre, entre lágrimas le explicó que su marido moría sin asistencia médica ni espiritual. Ni siquiera la del sacerdote que residía en Orpesa y que sólo acudía a los «masos» de Benicásim los domingos, a decir misa, en la ermita de Santa Agueda y luego por la «senda del Retor», volver a su residencia. Entonces el insigne Bayer, al comprender el abandono espiritual en que vivían aquellas gentes, dió la extremaunción al moribundo, socorrió con unas monedas a los familiares y po-

co tiempo después mandaba construir de su peculio particular, el templo que hoy se levanta con toda majestad en el centro de la población.

Célebre leyenda es aquella del hermano del Desierto, que muriera estrujado por una serpiente que él mismo matara, y aquella de un obispo que perdiera su maleta con tesoros. ¡Leyendas legendarias! Verdad o mentira, historia o historietas, yo te las cuento, lector, conforme a mi me las contaron.

Emilio JUAN FAVIERES.

Agosto 1932.

APOTEOSIS.

Esta crónica es el apoteosis final de mis impresiones veraniegas, el resumen de todas cuantas notas recogimos durante nuestra estancia en este bello rincón del Mare Nostrum, antigua Baronia de Benicásim y moderna villa, que a dos pasos de Castellón, se yergue con esa lozania de las palmeras cimbreantes, esbeltas y gentiles que adornan su termino incomparable. Apoteosis final y resumen de cuanto impresionó nuestra alma levantina y que nos hizo ver con nuestros propios ojos que no se precisa salir de nuestra periferia regional para gozar de los mismos encantos de las playas del Norte, pues Benicásim, con toda la grandeza que Natura le dotó, puede ser el San Sebastián levantino con un poco de atención que le prestaran las dignas autoridades castellonenses.

El ilustre Cormichet decía que la reputación de una playa elegante es más delicada que la de una bella mujer, y Gómez Carrillo, con su espíritu sagaz y cosmopolita, agregaba: "Y más caprichosa". Inexplicables son estas

fluctuaciones que hacen bajar y subir el mérito de esos centros veraniegos que reconcentran a las gentes ansiosas de gozar las delicias del mar. Porque unos buscan el lujo, otros el confort, los más la hermosura del paisaje y los menos la comodidad, aliciente que debiera estimarse en el esto, por ser la época del descanso, de las vacaciones, el alto que se hace en todas las actividades anexas al obligado de la lucha por la existencia.

Las Villas de Benicásim no son un lugar mundano, lujoso, de espectáculos y atractivos como Deauville, ni Saint Malo, ni Dieppe, ni Arcachón, ni siquiera como Biarritz y Hendaya. Pero en cambio, como playa limpia de comodidad y de condiciones climatológicas, supera a todos esos centros veraniegos que encumbró la "reclam" y cuyos resultados económicos, la moral y la comodidad son completamente negativos, por no decir catastróficos.

¡Apotheosis! Bella, bellísima decoración encierra este lugar de encantamiento al ponerse el sol con todas sus esplendentes modalidades. El paisaje montañoso cuajado de pinos, de baladros, de mitacanes, aparecen a lo lejos entre la luz pálida del anochecer como fantasmas que bailotean una danza macabra; los bosques de olivos trepan por las pendientes elevadas de los picos de Sant. Agueda y que al descolgarse por el "Barranc del Róc" forman un espeso sombraje a cuyas sombras parecen acudir las Hadas para bañarse en la corriente de agua cristalina que brota de la fuente de la "Fontallá". Y es bello e impresionante el monte gigantesco del "Bartolo", en el que se eleva la colosal Cruz del Redentor, y el Monasterio del Desierto de las Palmas, y el Castillo de Montor-

nés, en ruinas, como nido de águilas, y las ermitas enjalbegadas de blanco como manada de palomas revoloteando por el monte, y las fuentes del "Señor", de "San José", del "Cristo" y de la "Rufa", que recitan su eterno madrigal en rumor de égloga.

En las Villas d Benicásim no hay palacios de realezas, ni grandes círculos de juego, ni jardines frondosos, ni el amor brinda refinadas orgias; pero si tiene la dulce melodía de los pájaros cantarines, el remanso de una vida apacible y un llano magnífico en donde las cepas de moscatel forman hileras interminables que cual alfombra verde tapiza el suelo y muestran los racimos de uva, como si un orfebre hubiera ido engarzándolos con arte divino y fuera ramilletes de oro de ley.

Lugar de verdadera democracia en donde no hay divisiones, ni categorías, ni etiquetas, ni falsos oropeles de alharacas de burdel y de tahures. Benicásim vale más que toda esa casta de playas elegidas por la fantasía popular. Por su belleza natural, merecía ser cantada esta villa incomparable por un Homero.

Pero confórmate, lector con lo que en estas crónicas te he contado, que, sin faltar a la verdad, he procurado expresarme lo mejor posible y respondiendo a los sentimientos de mi corazón enamorado de estos lugares de encantamiento en donde muere la Plana de Castellón aromatizada por el azahar de sus naranjos y nace la serranía del Maestrazgo con todas sus tradiciones y abo-
lengos.

Emilio JUAN FAVIERES.

Agosto 1932.